

BOWLING GREEN Y TOLEDO. SE ACORTAN LAS DISTANCIAS...

En los Estados Unidos, situado a veinte millas al sur del lago Erie, se encuentra el condado de Bowling Green, una pequeña ciudad de 25.000 habitantes, donde está ubicada la Universidad estatal que lleva su mismo nombre. La ciudad más importante en su contorno es Toledo, ambas ciudades situadas al norte del estado de Ohio.

El área geográfica de la ciudad de Bowling Green es muy rica en agricultura. La Universidad está rodeada de tierras de labor, fértiles granjas donde abundan pastos y ganados. El río Maumee baña la llanura inmensa de sus maizales, donde sólo los silos verticales forman el cuadrante de su paisaje. Un paisaje, por lo demás, típico del área denominada «cinturón del maíz» que abarca la zona nordeste de los Estados Unidos.

Aunque Toledo sea un puerto fluvial que conecta esta región interior del continente americano con el océano Atlántico a través de ríos, lagos y canales, su importancia es más industrial que cultural. Igual que Toledo, Bowling Green ha fomentado su cultura a través de museos, universidades y actividades culturales.

La población residente en Bowling Green se ve incrementada cada año y duplicada por los estudiantes y el cuerpo facultativo que integra la Universidad del Estado allí asentada. Los estudiantes, unos 17.000 en número, viven en residencias universitarias, apartamentos u hospedajes situados en un inmenso «campus», en el cual se alzan los edificios con aulas de clases y de carácter administrativo, cubiertos de hiedra los del pasado, o, de cristal y acero los del presente. La arquitectura alardea de carácter funcional y artístico con murales de piedra, estatuas de metal, magnífica biblioteca, ultramodernos polideportivos, planetario, laboratorios, auditorios musicales, teatros, salas de exposiciones e incluso un pequeño aeropuerto para uso particular del condado y la Universidad. Toda esta zona, ajardinada con pequeños lagos, campos de golf y estadio de fútbol americano, abarca y contiene todos los edificios destinados a la vida universitaria. En los largos y nevados inviernos de Bowling Green, el «campus» universitario con su blancura sin mancha, aísla la ciudad de su recinto. La Universidad, carente de tráfico rodado, queda cubierta por su manto de nieves por largos meses. En los veranos, los jardines del «campus», con las flores de sus parterres, invitan

a la población a traspasar sus umbrales y pasear por sus avenidas en las tardes de calor.

Es, sin duda, este conjunto de circunstancias: la altura profesional, la belleza de su «campus», la magnificencia de sus instalaciones y la paz de su entorno lo que atrae a esta Universidad a estudiantes y profesores de áreas lejanas y próximas.. La Universidad no ha querido crecer, ni agrandarse; no ha querido perder su personalidad ni el derecho a considerarse pequeña, urbanizada, humana, paternalista y afable. Profesores y alumnos se sienten unidos, y de manera solidaria se integran en clase, coloquios y tertulias en el café de la esquina. La calle Maine es la espina dorsal de la ciudad. Al Este queda la Universidad; al Oeste la zona residencial de chalets, donde viven los profesores. Al norte de Maine Street la calle se convierte en carretera que se une con la ciudad de Toledo, a sólo veinte minutos de distancia en automóvil. Al sur, la calle Maine se perpetúa en carretera continuada hasta llegar a Cincinnati (al sur del estado de Ohio), siguiendo por millas y millas y millas hasta la península de Florida, en el golfo de Méjico.

En Bowling Green hay paz; se puede dormir arrullado por los grillos. No hay peatones ni ruidos por las calles; desde allí puede entreverse la luz de las ventanas de las casitas, a través de su jardín sin verja. Hay luz dentro de cada chalet; la vida se hace dentro, rara vez fuera de la casa, como ocurre en cada ciudad americana. No hay transporte público, se depende totalmente del propio coche o medio de transporte que circula por zonas estrictamente controladas de estacionamientos, velocidades, zonas comerciales o urbanas. La ciudad no tiene envenenamiento de aire, ni vandalismo, ni problemas de basuras. Es un gran jardín de césped bien cuidado. No hay competencia en el mercado textil, porque la moda viste sólo a gente joven. Los universitarios también controlan la gastronomía, en la que abundan restaurantes de hamburguesas y comidas «plastificadas».

Cuando amigos que viven en grandes ciudades nos visitan, Bowling Green parece vanagloriarse de su paz idílica y de su urbanismo. El forastero, en una corta estancia, puede admirar la biblioteca electrónica que avisa con su alarma cualquier libro extraído sin ser desimantado en la sección de préstamos. A través de ordenadores se puede conseguir cualquier microfilm, u obtener prestado cualquier libro de cualquier otra biblioteca en todos los Estados Unidos. Investigar o estudiar allí es un placer, ya en sus pequeños despachos individuales o en sus grandes sillones giratorios, que invitan

a más de uno a un sueño «creativo». Del otro lado, para los amantes de un cuerpo sano, están sus pistas y piscinas cubiertas, sus canchas de tenis, arquería, esgrima, luchas combativas, baloncesto, etc., que invitan al trabajo físico o a la relajación.

Así es Bowling Green. Lo conozco muy bien porque me asenté allí hace veintitrés años y allí nacieron dos de mis hijos y allí edificamos nuestra residencia, decorada con muebles importados de Toledo y cerámicas de Talavera y Puente del Arzobispo. Mi pequeño mundo toledano dio una personalidad a nuestra casa y Toledo, representando a España, me hizo sentirme menos lejos y más enraizada con la cultura que iba a enseñar en mi nuevo puesto de profesora en aquella ciudad universitaria. Pero un año después de empezar esta nueva fase de mi vida, pudimos darnos cuenta de que aquella paz idílica no relajaba el espíritu, sino que lo anquilosaba. Habíamos de salir de allí y volver de nuevo; cambiar el ambiente tranquilo, aséptico y rígido por el bullir de la ciudad cultural, con todas sus ventajas y todos sus inconvenientes. La cultura no se trae ni se lleva. Conferencias o conferenciantes importados que visitan las aulas no marcan la Universidad, sólo la decoran. La cultura ha de vivirse, inquietarse con lo nuevo, contagiarse del ambiente abriendo surcos de creatividad. La vieja Europa, España, el Madrid bullicioso y solemne con su énfasis vital, viviendo hoy y al día con la cultura siempre latente (aun en la época en que estuvo censurada) era el lugar idóneo para producir la crisis psicológica que ansiábamos para nuestros estudiantes: el «shock» cultural que Bowling Green necesitaba.

Hay miles de ciudades parecidas a Bowling Green o Toledo que salpican la geografía de los Estados Unidos. En comparación con la extensión de tan grandes estados, la demografía se asienta en sólo las grandes, grandísimas ciudades como Nueva York, Los Angeles, Chicago, Dallas, Nueva Orleans, etc.; el resto del país parece vacío, sólo con granjas aisladas, parques naturales y pequeños caseríos en que el único contacto con el mundo exterior es a través de las emisoras de televisión. La televisión trae el mundo hasta el cómodo sillón de la casita aislada y, como diría Julián Marías, sólo pudo haberse inventado en un mundo de soledad y de solitarios. Pero la cultura televisada no ofrece garantías de civilización, ni de información nacional o internacional. El país es tan grande, que la noticia local es más apremiante; está en demanda. Por eso no nos sorprende que aunque haya dos grandes y magníficos periódicos, difícilmente se vendan o puedan ser leídos fuera de las grandes ciuda-

des y, como es natural, la gran parte de los americanos desconozca los problemas de Vietnam, ni se interese por la situación del Líbano, Nicaragua o El Salvador. Cuando un hijo de un vecino vuelve cadáver a su tierra, al pequeño cementerio del pueblo, tras de una emboscada, un acto de sabotaje o un tiro perdido en un país cuya pronunciación se ignora y cuyos intereses están tan lejos de los suyos, el americano se conmueve en lo hondo porque a su dolor ha de unir la ignorancia de la situación internacional, el porqué de la misión política de su gobierno, que él ni siquiera comprende, pero que sumisamente ha aceptado.

El futuro de América está en la cultura y para ello los padres conscientes mandan a sus hijos a la universidad, o, en muchísimos casos, los mismos jóvenes ayudan económicamente con su trabajo a sufragar los gastos o a costeárselos ellos mismos. Cuando llegan a Bowling Green, después de haber demostrado competitivamente que sus notas le merecen este privilegio, pueden caer en la tentación de recrearse en el urbanismo de su «campus», o sus «pubs» de cerveza con poco contenido alcohólico (tienen limitada la edad en que pueden beber) y olvidarse de que existe ese otro mundo, porque su entorno les protege y cobija. Los otros, los que llegan a la universidad tranquila, huyendo del crimen y la inseguridad ciudadana de las grandes ciudades cercanas (Cleveland, Detroit, Pittsburg) acuden a Bowling Green sin haber «vivido» la ciudad, porque residen en urbanizaciones alejadas del centro. El centro en esas ciudades ha quedado vacío. Su economía ha sido desplazada a las ciudades de extrarradio; sus museos, salas de conciertos, teatros, etc., han quedado rodeados de edificios abandonados, que el tiempo deteriora y que sirven de refugio para vagabundos o víctimas de la injusticia social. Sólo unas pocas ciudades, como Nueva York o San Francisco han logrado mantener su centro urbano y cultural sin desplazarse a la periferia y decaer, víctimas de las distancias y el esfuerzo económico para mantenerlos.

Ante esta realidad, el entonces jefe del Departamento de Lenguas Románicas, Dr. Michael J. Flys, propuso al Rector de la Universidad, Dr. William T. Jerome III, la creación de un programa que secundara y afianzara los esfuerzos educativos de Bowling Green. En el año 1963 se estableció un programa en Madrid, seguido de otro en Tours y otro en Salzburgo.

El programa en Madrid, en el Madrid de hace veintidós años, y en el Madrid de hoy día (no creo en nostalgias del pasado, sino en la vitalidad del presente y el quehacer del porvenir) fue y es un

éxito porque aportaba y aporta a nuestro curriculum todo aquello de lo que carecen en Bowling Green.

Madrid, situado en el centro de la Península, les ofrece la posibilidad de viajar por todo el país. Los estudiantes viven allí con familias, donde aprenden la vida cotidiana. Sus clases se imparten en el Colegio Mayor Loyola, situado en la Ciudad Universitaria, donde pueden convivir con estudiantes o asistir a clases en las diferentes Facultades en que enseñan los catedráticos que son sus profesores. El programa funciona doce meses al año, dividido en un año escolar de dos semestres y un curso de verano. Es nuestro propósito que vivan dispersos por la ciudad para que, usando medios de transportes urbanos, adquieran la «agresividad» madrileña y disfruten y sufran como sus ciudadanos las ventajas o inconvenientes de la gran ciudad.

En esta encrucijada cultural que Bowling Green asume para sus estudiantes, pensamos que el conocimiento de España se podría hacer más vivo si escuchamos hablar a sus piedras o caminamos por sus calzadas romanas, visigodas, árabes o cristianas. Estos viajes culturales transforman a nuestro programa en una universidad rodante, que complementa las lecturas sedentarias de las aulas.

Una de las características más distinguidas de nuestro programa es la intervención del alumno en planear cada jornada del viaje. El curso de civilización española es preparado por cada alumno de antemano. Ellos buscan la información de cada región, autor, monumento histórico, artístico o cultural que ha de ser visitado. Sus informes, presentados al resto del grupo oralmente, delante de cada monumento, son juzgados por su dicción y contenido. Estos informes acompañados de mapas, fotografías artísticas, etc., son publicadas en un folleto firmado por cada participante, que quedará como recuerdo o referencia en años venideros. Este tipo de curso distingue a nuestro programa americano de los muchos establecidos en diferentes capitales españolas. Por miles de kilómetros aprenden la Historia, siguiendo los rastros de nuestra civilización. Se recorre el camino de Santiago, el románico y el gótico. Se avanza con la reconquista por tierras leonesas y se estudia la influencia árabe y mozárabe en nuestra cultura. Andalucía vive en las poesías de Alberti, Juan Ramón o Lorca; Castilla vive en Machado, Unamuno o Zuloaga. El misticismo de santa Teresa y el realismo de la Celestina son parte nuestra, como lo es la ruta de los conquistadores o la de los «pueblos blancos». Aprenden la CIVILIZACION (con ma-

yúscula), pero también la cultura folklórica y gastronómica del mosaico español.

Como entre nuestro grupo universitario la mayoría proceden del área de Toledo, Ohio (aunque hay estudiantes de otras universidades del país), quisimos hacer de la visita a Toledo una experiencia única, a lo cual se presta la amistad conjunta de hermandad que une a ambos Toledos por más de cincuenta años.

Toledo es la primera ciudad que visitan a su llegada a España. El azulejo de la calle de «Toledo Ohio» es su primer fotorecuerdo. La belleza de su catedral guarda su primera emoción sobrecogedora; allí recuerdan la leyenda de la ajorca de oro o la descripción que de ella hizo Blasco Ibáñez. En Toledo, nuestro programa vive una experiencia romántica siguiendo los pasos de Bécquer por los cobertizos. En Toledo, los estudiantes ven el atardecer desde el Parador y escuchan su primera ronda de la tuna. ¡Qué lejos quedan ahora los cuadros del Greco del museo de Toledo Ohio, cuando se comparan con tantos y tantos de Toledo y Madrid! Lo que antes les sobrecogía con su misterio, ahora lo captan y lo entienden. Saben lo que es el color, la fe, el atrevimiento artístico del Transparente o la filigrana de oro de la Custodia. Viendo Toledo, pueden entender la creatividad vibrante del genio cretense y comprender lo que tiene él de toledano.

Hace veintidós años que enseño Toledo a nuestros estudiantes. Como directora del programa, recorro cada año sus calles, sus leyendas, su historia y su literatura con mi grupo. Mentiría si no constatará aquí que cada año quedo sorprendida al ver lo que debemos a Toledo. Después de nuestra visita, ellos y yo, sentimos la vitalidad del quehacer histórico de España y comprendemos las teorías de Sánchez-Albornoz, Vicens Vives o de Marañón. En diferente medida, Toledo nos llena a todos.

Si esto es Toledo, pensamos que sería justo profundizar en el impacto que Toledo ha tenido en la literatura de España. Y si el curso de civilización rodante por los lugares testigos de los hechos fue un éxito, preparamos otro curso para los estudiantes graduados sobre la literatura inspirada por Toledo. El curso titulado *Toledo en la Literatura Española* recopiló todo el material inspirado por la ciudad a través de los siglos. Los estudiantes estudiaron el contenido y luego, en el Toledo real, hicieron la explicación del texto delante de los lugares que inspiraron los episodios. No hay nada comparable como oír al Tajo despertar a Toledo, acompañado de un texto de Marañón o de las Odas de Garcilaso. Podemos imaginar

a la Cava y leer los arrepentidos versos de don Rodrigo. Cada flor puede ser una rosa de pasión y recordarnos a la judía Sara. Por sus callejones, imaginamos a Santa Teresa, a Lope, a Tirso o a Zorrilla. Cada mesón puede haber sido habitado por Cervantes, cada joven ser otra *ilustre fregona*.

Ayer lo mismo que hoy, podemos acompañar a Alfonso VI en un veinticinco de mayo de 1085 histórico y ser conquistados por Toledo, porque los personajes que nos la describen nos la crean de nuevo entre mezclas de ficción y de realidad.

Hay, en la vida, momentos decisivos que explican toda la historia. El Greco nos los dio en el *Expolio* y en la conversación ilustrada del *Martirio de San Mauricio* de El Escorial. El momento de la decisión ha sido plasmado con luz y color. Algo importante ha marcado sus vidas; lo demás, las consecuencias sobran. Lo importante fue ese momento decisivo que cambió sus vidas. Yo quiero creer que algo así ocurre a nuestros estudiantes después de tomar este curso o después de adentrarse por Toledo y por España. Es un conocimiento intelectual, pensado, dirigido, anímico. Este encuentro con Toledo, corazón de España, se produce como consecuencia de este saber y de ahí nace el compromiso de amarse y perpetuar este conocimiento. Estos estudiantes serán muchos de ellos profesores, ejecutivos, abogados o artistas que lleven a otros estudiantes a sentir lo que ahora ellos sienten.

Porque resido en Bowling Green, Ohio, y porque peregrina de este amor que siento por Toledo y los toledanos, vengo cada año a renovar mi espíritu entre sus muros, quisiera provocar en mis estudiantes esta experiencia. Lo que aprenden durante su estancia en España y lo que se llevan a su regreso no se puede medir, ni por las notas que reciban, ni por los «credits» que la Universidad les confiere. Lo que aprenden es a vivir la historia, a sentir, a ver el mundo bajo otra lente. Aprenden a comprender que su manera de vida no es la única, que la historia de la vieja España nos hizo ser de otra manera. Más de 1.500 estudiantes han pasado por este programa. De ellos será el futuro de América.

DRA. MERCEDES JUNQUERA
Directora del *Academic Year Abroad*
en España.
Bowling Green State Univ.
Académico correspondiente